

Lúdico y siniestro

Reseña de *La claridad* de Marcelo Luján

Marcelo Luján. *La caridad*.
Madrid: Páginas de espuma, 2020

Gerardo Lima²

«Puede que haya sido la belleza». «Puede que haya sido el azar». «Puede que haya sido el deseo». Tres frases contenidas, con esta construcción verbal en presente simple convertido en una duda, se atreven a vislumbrar las posibilidades de un relato, de tres de ellos. Se dice que los arranques de las novelas deben ser precisos, afilados, certeros, poéticos, frases que

permanezcan en la memoria del lector por mucho tiempo.

189

Una frase para vender, por qué no, incluso. ¿Y para un cuentario? No el arranque de un solo relato, sino de ellos en conjunto. ¿Importa?

Lo que se habla sobre los cuentarios es tan diverso como inexacto. ¿Qué es un cuentario? En los países anglosajones muchas de estas antologías son un conjunto de relatos que, por el azar, o porque ‘se debe publicar’, terminan todos juntos, a veces llevándose bien, a veces peleándose. En Hispanoamérica parecería

² Es autor de *Cosmos nocturno* (FETA, 2018), ganador del Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri, y *Ya no hay tokiotas* (ITC, 2016), ganador del Premio de Poesía Dolores Castro 2014. Ha sido becario por parte del PECDA, INTERFAZ ISSSTE y FONCA. Actualmente estudia la maestría en Literatura Hispanoamericana por la BUAP.

llevar la batuta la idea de ‘un conjunto homogéneo’. Y cómo diantres se logra un conjunto homogéneo.

190 ¿Qué es un cuentario para el imaginario lector, para los grupos de escritores, para el escritor de cuento? No es tan solo un conjunto, la antología de publicaciones hechas aquí y allá, pero tampoco son variaciones, ni a la manera de Callot ni a ninguna otra. Aunque los hay. Ni siquiera tiene que ser un libro con cuentos que pertenezcan al mismo género, aunque existen aún, en pleno siglo XXI (quizá por lo mismo), en la Argentina, en Bolivia, Ecuador o Perú, y muchos de ellos no son solo buenos libros, sino soberbios cuentarios, pedazos de afilada narrativa que, al parecer, terminarán convertidos en clásicos.

Un cuentario no está hecho al azar. No, no puede que haya sido el azar. Es la planeación, y es también el oficio. Un cuento debe ser una pieza sólida, viva por sí misma. Un cuento es un universo en miniatura, en una, cinco, veinte

o cuarenta páginas. Y lo que hay adentro sigue moviéndose a pesar de que la lectura haya terminado. Sin embargo, la construcción de un verdadero cuentario, de una obra donde cada pieza es única, y donde el conjunto también lo es, necesita de una atmósfera, de una sensación, de unos personajes o una geografía, de un efecto o un sentimiento, de la búsqueda del asombro o del horror, de la intencionalidad del escritor. Además, un libro así necesita mucho oficio.

La claridad (Páginas de Espuma, 2020), libro ganador del Premio Ribera del Duero, escrito por Marcelo Luján (Buenos Aires, 1973), es un cuentario de este tipo. Cada historia es una enorme piedra que sostiene una casa.³ En ellas habitan personajes oscuros, sufrientes, que se enfrentan al destino, y al contrario de lo que ocurre con ese *knock out* del que hablaba Cortázar, el efecto no viene al final, de

³ La metáfora no es gratuita. Hace pocos años el premio lo obtuvo su compatriota, Samanta Schweblin, por *Siete casas vacías*.

un golpe bien plantado que surge desde la misma base del relato, desde los pies hasta terminar en esas estrellas e inconsciencia del punto final. Porque así lo ha decidido Luján en este, digámoslo ya, extraordinario cuentario: el destino se apañará para convertir en guiñapos a los personajes, para girarles las cabezas y obligarlos a ver sus propias espaldas. Ahí, el horror habita, pero también la sorpresa y el asombro. Y así, lo irremediable, como lo es la vida, con esos entresijos que no comprendemos y creemos son parte de la causalidad o la casualidad, ahí está, esperando a que uno suba un pie en el camión, a salir de la casa, a mirar a los ojos a una chica muy hermosa de ojos tan profundos como una tormenta, y encontrar la voz del asombro o de la fatalidad.

La claridad es una serie de seis cuentos que bien podría ser de cinco. La inclusión de un cuento que no pertenecía al manuscrito original sorprende. Podría pensarse que es un capricho del autor: «¿dónde

meter este cuento que tan majo me ha quedado? Pues aquí, que se verá lindo». No es la primera vez que sucede. Precisamente, en el libro de Schwebelin se agregó un cuento más, ganador del Juan Rulfo, y que a mi parecer rompe con la estructura del libro (hay a quien le gusta bastante). Sin embargo, sin conocer la razón del cuento de más del libro de su compatriota, el último relato de *La claridad*, "Más oscuro que tu luz", termina cerrando de forma tan delicada y certera este libro que la maravilla de ese juego de luces y sombras queda reverberando en la memoria, en la sensación de haber atisbado lo numinoso.

"Treinta monedas de carne" es el relato con el que comienza *La claridad*, con esas frases cortas tan precisas y que, sin embargo, alejan el texto de las reminiscencias del relato americano, de Carver o hasta Cheever. Aquí estas frases son contundentes, pero no de la misma manera. «Tal vez la atracción de esa casa maldita». «Y los colores y el

bosque y la maldad». La lírica contenida de la prosa de Luján permite descubrir lo que quiere hacer el autor, y que logra, al concebir a narradores omniscientes y al mismo tiempo poco confiables. Los narradores de este tipo, cuando los usa, como en el caso del primer relato, van dejando por aquí y por allá pequeños detalles, a la manera de la narrativa *noir*,⁴ hacen incluso reflexiones, se preguntan por la posibilidad de un destino diferente, uno que no alcanzará el personaje, porque está signado, desde ya, con la miseria, la pocilga de una frase bíblica, la condena.

“Una mala luna” es quizá el cuento más difícil de encajar, aquel donde la furia contenida, los problemas de la maternidad y la paternidad, despunta con toda su insidiosa naturaleza. Si en el primero

4 Dijo Marcelo Luján en una presentación hecha por Páginas de Espuma, junto con el también ganador del Ribera del Duero, Antonio Ortuño, que la idea de *La claridad* la tenía desde hace años, cuando en un encuentro sobre narrativa policiaca y negra dijo que quería escribir algo de esta temática donde todo fuera luminoso y pudieran observarse los mecanismos. Lo titularía “*La claridad*”.

el misterio se iba revelando por medio de detalles, de un simple paseo en bicicleta donde aparecerían la culpa, las traiciones y demás, en el segundo relato es el testigo quien presencia la decadencia de la ternura, el desconocimiento de todo aquello que debería ‘ser’ otra cosa. El personaje, el hermano de la chica que se va convirtiendo en un animal salvaje, presa de alguna enfermedad, de algún destino trágico, no lo sabemos, se dice a sí mismo «no existe mayor lazo de sangre que ese», el del hermano y hermana. Ese ‘debería ser’ es el que lo confunde, y el que le imprime un aire oscuro y tremebundo a la historia, donde el destino del personaje difiere de lo que ‘debería’.

El tercer relato es uno de los más extraños, “*Espléndida noche*”, porque juega con la posibilidad de lo fantástico, de lo sobrenatural. Un camionero que toma un trabajo eventual. Tiene que atravesar las montañas, pasar por un puerto peligroso y llegar a su destino. El dinero y la

promesa de un trabajo estable lo mueven, además de su esposa embarazada, que está a punto de parir (el dinero, lo entendemos, le vendría bien a la familia). Pero, otra vez, el descuido, lo fortuito. Aquí podría ser que fuera el azar, ¿o será otra cosa? En su trayecto, cuando quiere sacudirse de algo parecido a hormigas que le pican y duermen las piernas, se encuentra con un hombre, con la tentación de más dinero, y con la infinita duda que, poco después, también terminará dormida.

¿El autor nos responderá cada una de nuestras preguntas? Parece un juego que el libro se llame "*La claridad*" y no todos los entresijos, la maquinaria, esté descubierta. No es una obra de brutalismo narrativo, sino un artefacto delicado y juguetón. Lo lúdico dentro de lo siniestro permanece con cada historia. Es la vida, sí, y también la posibilidad de un universo más grande, dos dedos abriendo las persianas para atisbar lo imposible.

No se sabe qué ocurre con cada uno de los personajes de

La claridad. Algunas historias son más simples, están más cerca de narrativas populares como la leyenda urbana (el caso de "La chica de la banda folk"), o el ya mencionado "Espléndida noche". En las historias existe una fuerza que se va imprimiendo en la certeza de que hay algo detrás del velo, algo que, a pesar de toda la luz, nunca podrá ser observado. Aquí yace la divinidad, como si Luján quisiera escribir un libro de cuentos de horror, donde los fantasmas se cruzan con el reflejo de una piscina, con el color de un bikini o con las estrellas tan brillantes en el cielo. No importa que la luz esponga el rostro del personaje, que muestre lo que esconde en la espalda con la mano cerrada, que desnude al ser que late y suda y sufre; la oscuridad, el misterio, lo incognoscible sigue habitando en las historias que construye Marcelo Luján, como si en lugar de crear, tradujera la vida, y terminara convirtiéndola en asombro, aunque la tragedia esté a unos pasos, aunque la haya dejado atrás, aunque siga habitando

en el patio más oscuro de su alma.

La claridad de este portentoso libro, un cuentario donde las historias son columnas sólidas, y en conjunto

sostienen un templo, existe para hacernos entender que la luz completa nos dejaría ciegos. Marcelo Luján, al contrario, quiere que, si tenemos ojos, veamos.